



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

—¡*Ecco il lampo!*—exclamó Robles al oído de X. Este volvió la vista á su palco. Concha platicando con Heriberto, sin hacer caso de la partitura, de la cual no entendía un compás, sonreía también como la heroína del drama.

La orquesta y la voz de la soprano desfallecían á momentos en misteriosos deliquios como la voluntad del héroe iba desfalleciendo; otros lloriqueaban como una mujer que conoce el valor de sus lágrimas para rendir al varón, y por fin el atleta caía fascinado y un golpe seco de orquesta como estruendo de cuerpo que cae ponía fin al acto.

—¡Ah! Sansoncillo, ya verás cómo te va por gurrumino—decía con sorna el Lic. Robles, al terminar los pocos aplausos que acogieron la no entendida música de Saint-Saëns, y cuando comenzaba ese rumor de charla que invade los teatros en los entre-actos.—Peor que á tí no puede sucederle—agregó dirigiéndose á X. . . . Tu eres el Sanson de la banca, el Sanson de la honradez, el Sanson de la seriedad; pero esa pícara te hizo rodar al matrimonio y todo lo has perdido, honra, tranquilidad y dinero.

—¡Honra? ¿por qué?—preguntó X. . . . muy azorado.

—¡Toma! porque todo el mundo dice de tí horrores y con justicia.

—¡Con justicia?

—Ya lo creo, como que tú lo toleras todo.

—Pero, hombre, si no no puedo, creeme, no puedo—decía el pobre muy apuradillo.

En el palco de Concha preguntaba Heriberto:

—¿Qué tal acto? ¿qué te parece?

—Déjate de actos—respondió ella, asustando los anteojos de nácar á una platea fron-

tera.—Mira con qué ojos ve para acá tu madre.

Empezó el prelude del segundo acto, admirable descripción musical, que trasporta la fantasía á otros tiempos y lugares llevándola en sus alas estruendosas sobre campiñas desconocidas y valles y montañas. Levantada la cortina aparece un ameno rincón del valle de Sorec: ahí habita Dálila que cubierta de atavíos espera á Sanson, cantando una aria henchida de odio y sed de venganza, canto meliflúo al estilo de la escuela antigua, pero de miel emponzoñada que pica y corroe. No es la mujercilla venal del libro de los Jueces, sino la sacerdotisa fanática que aborrece al enviado de un dios extranjero y va á fingir amarlo para perderlo. El gran sacerdote de Dagon la anima en su empresa y bendice sus intentos en *duo* con ella lleno de encono y taimado como el corazón de aquella mujer. Sanson viene. Su *duo* con Dálila, el trozo culminante de la pieza, muestra singular maestría, todo el ingenio y pasmosa erudición de Camilo de Saint-Saëns. La melodía, saliendo de la boca de la mujer, se retuerce como los anillos de una serpiente, ya blandos y resbaladizos, ya rígidos y matadores; y acaso entre ellos relucha la voz del varón con temas indecisos, con resistencias feroces, con desalentadas languideces. Ora el acento de ella tiene meneos de cabeza femenina en presencia de un amante, ora se infiltra con suavidad de halagos y caricias, ya se levanta con aire de resentimiento y duda, ya palpita preñado de pasión, sobre todo en la cantilena *Rispondi á miei deliri*, que, en medio de la instrumentación más delicada que pedirse pueda, surge como extendiendo los innumerables hilos de una red inextricable que envuelve á Sanson,

el cual como sugerido repite la cantilena misma. Las notas altas del títan ahora descienden, se hacen graves y apagadas como la voz de un moribundo: el león está rendido. Dálila canta con una suavidad acariciadora: la serpiente lame al león que tiene aprisionado. Sanson en voces pálidas de vergüenza la declara el secreto de su fuerza. La ira de Jehová truena á lo lejos, sus miradas relampaguean en el horizonte, la tempestad sobreviene. Los violines ya no gimen de pasión ni hablan dulzuras, ahora se quejan como el viento en las ramas cuando llega la borrasca, las trompas zumban como el huracán que descuaja los cedros del Líbano, los contrabajos repiten ecos de trueno, las cornetas disuenan con toques de vergonzosa derrota y los platillos remedan el crepitar de los escudos antiguos suspensos en las encinas de la selva, cuando el soplo de la tempestad los hace chocar contra los troncos. El árbol corpulento ha caído.

—No de otra suerte sucumbiste, chico—le decía Robles á X. al caer el telón y cuando todo el mundo aplaudía frenéticamente, unos porque habían entendido aquel primer de acto, otros por no quedarse atrás.

—Y ¿ahora qué quieres que haga?

—La demanda de divorcio, cuanto antes.

—Es un escándalo, al cual no podré sobrevivir.

—Morirás siquiera con honor.—Y siguió la conversación girando en la misma órbita.

Se inicia el tercer acto. Sanson con los ojos vacíos, trasquilada su lengua y santa cabellera, reducido á la condición de esclavo y aun de bestia, atado á un molino, da vueltas á la enorme piedra. Un rayo de luna penetra á la lúgubre estancia y da sobre el molino y

sobre el triste pecador. Su canto entrelazado de remordimientos y tristezas es un quejido del alma que recuerda sus flaquezas y se ahoga de sollozos al escuchar los gritos de sus hermanos los hebreos reducidos por su culpa á la esclavitud. La música va trazando un cuadro de dolor y corre lentamente como un río formado de lágrimas expiatorias, en un remanso eterno. La decoracion cambia de improviso, la pesada y soberbia arquitectura del templo de Dagon se destaca en el fondo. El gran sacerdote rodeado de los príncipes filisteos, Dálila y las sacerdotisas coronadas de flores y el pueblo celebran la fiesta de su dios.

Un coro dulcísimo con sobrio y elegante acompañamiento de orquesta rompe los aires. Danzas lascivas ricamente instrumentadas hacen llegar aquella orgía religiosa al apogeo. Todos piden que venga Sanson para befarle. Traen al Leon ciego y desmelenado á quien un muchacho sirve de lazarrillo. El sacerdote se burla de él y Dálila con exquisita crueldad se complace en manifestarle toda su falsía y to mentido de sus caricias, mientras la orquesta con un sarcasmo que hiere hasta la médula se entretiene en repetir las más vehementes y apasionadas frases del duo de amor, que cantaban Sanson y Dálila en el acto segundo. El pueblo escarnece también inhumano, con saña de hienas á aquel hombre medio muerto, cuya sola presencia le hacía temblar. El prisionero abatido horriblemente calla con ese silencio que da frío. El sacerdote y Dálila entonan en cánon el canto de la libación, cuyas notas bullen como coro frenético de Faunos y Bacantes, canto al cual afluyen las masas corales para convertirle en un himno supersticioso é inmenso, en tanto que la orquesta se apresura, se enardece, se inflama y estalla para pintar la embriaguez de aquel pueblo salvaje. Sanson en el colmo de la humillacion, recita una plegaria brevísima pidiéndole á Dios sus antiguas fuerzas, ruégale al niño que le guía, le arrime á las columnas para apoyarse, se ase á ellas, las derriba, y general ruina sepulta con estrépito al pueblo todo y al vengador.

Una salva de aplausos, una ovacion desbordada sigue á la caída del telon. Sólo el Sr. X. . . . no aplaude, las puyas constantes de Robles lo tienen agobiado. El drama lírico de Saint-Saëns se le ha metido en el magin como una astilla punzante, á fuerza de sugerírsele Robles; el infeliz está por llorar con la mano en la mejilla, recargado en la baranda del palco; mientras Concha abandona el suyo al lado de Heriberto que tararea un airecillo de *Manon Lescaut*.

—¿Qué sucede, Sanson? A derribar el templo, aunque te aplaste—dijo el abogado á X. . . .

—¡Hombre!—respondió él y casi sollozando lo miraba con ojos que pedían compasion.

—Nada. Mañana mismo presento la demanda. ¿Me autorizas?

—Haz lo que quieras—exclamó desesperado X. . . . y Robles se lo llevó del brazo.

XV

La demanda de divorcio prosperó en los tribunales, gracias á los manejos de Robles. Aquello fué un escándalo mayúsculo que dió mucho que decir y que reír. Y tres meses despues Concha quedaba sola, pero deveras sola, despreciada de la sociedad que pone el coco y luego se espanta de él; sola y mal vista por todos. Entónces se hizo silencio á su alrededor, hasta sus pasiones comenzaron á callarse; y ella que había vivido aturdida, empezó á oír los gritos de los remordimientos, que á todas partes la seguían como las Erinyas á Orestes. Y tuvo miedo y vergüenza de su vida y quiso refugiarse en alguna parte; pero ¿quién la daría abrigo? Se acordó de que tenía una hermana, de la cual no había hecho caso nunca, de la cual se había burlado injustamente alguna vez, y pensó en buscarla.

LA MONJA.

I



CASO hayais conocido á Lina sin saber su nombre. ¿No visteis alguna vez á una jovencilla como de dieciseis años, de cútis moreno y cabello quebrado y castaño, ni hermosa ni fea, que modestamente vestida iba diariamente al templo de Santo Domingo, muy de mañana, y con singular recogimiento permanecía arrodillada casi siempre en el mismo sitio, en el crucero de la derecha junto al altar donde se guarda la Santísima Eucaristía, y comulgaba muy devota, y sin ostentaciones, ni charlas en los cancelos salía á buena hora para su casa? Pues esa fué Lina de Echeveste. Todo el mundo la respetaba; hasta los parroquianos y dependientes de la taberna de la esquina, callaban sus inmundas bocas cuando la veían pasar esbelta y humilde, con la cabeza un poco inclinada como arbusto cuya copa se dobla un tanto al peso de sus frutos. En casa era sumamente hacendosa y amable. Su salita y las otras habitaciones estaban llenas de primores de sus manos. Un estantito con pocos y selectos libros, el bastidor, el costurero, la arquita de sándalo bien provista de instrumentos para labores mujeriles y un buen piano vertical eran su tesoro doméstico. Su madre la adoraba y sin embargo tenía la costumbre de reñirla por tonta, aunque en ausencia decía á todas las gentes que aquella hija era una perla inestimable que ella nunca había merecido.

Desde sus primeros años había oído Lina en la oscuridad de su adolescencia y en el silencio de su alma, como Samuel niño al lado del templo, la voz de Dios que la llamaba; pero á nadie lo había revelado, porque un instinto espiritual la enseñaba que *es bueno ocultar el secreto del Rey*. Suspiraba por vivir en el país de la gracia sombreado por árboles llenos de frutos que son ingratos al sentido del hombre carnal, pero suavísimos á quien de ellos ha gustado; regado por fuentes de aguas vivas, oreado y fecundado por auras de bienandanza. Resolviase á atravesar la selva de cruces que á ese país sirven de lindero y entrada; anhelaba por escudriñar y hacer vivienda en sus grutas fragantes y entrelazadas de eucarísticas vides; y soñaba con engolfarse por fin en el mar océano de infinito amor de Dios que acaricia las playas de ese mundo. Habíase hallado un hábil práctico que á esa region la guiase, un confesor de mucha ciencia y mucho espíritu. La mayor pena que entónces padecía era una ansia incurable de amar á Dios como ella quisiera, pena acompañada de opulento don de lágrimas. Reprendíale el confesor tanto llorar y tanto desasosiego, motejándola de avaricia espiritual y la mandaba estar quietecita. Sus días más felices eran cuando iba al locutorio de los monjas recoletas de A. . . . á conferir con la abadesa sus inclinaciones y á suplicarla por caridad la admitiese en su bendito apartamiento.

(Continuará.)

ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ESCENA QUINTA.

EL CORO.

Toda esta escena se representa cantando.

UNA ISRAELITA.

Al llanto y al dolor y á los gemidos
Demos curso, mis fieles compañeras;
¡Oh de la muerte angustias lastimeras,
Oh de Israel los restos fenecidos!
Hacia los montes sagrados
Volvamos nuestro mirar!

De allí el inocente espera
Su auxilio, su gozo y paz.
Mas llanto viertan mis ojos
De amarguísimo pesar,
Causa como esta de llanto
El cielo no vió jamás.

TODO EL CORO.

¡Oh de la muerte angustia pertinaz!

OTRA ISRAELITA.

¡No era bastante al vencedor odioso
De Sion bellezas tantas acabar
Y en cautiverio triste y doloroso
En mil puntos sus hijos dispersar?

TODO EL CORO.

¡Oh angustia de la muerte y cruel pesar!

LA MISMA ISRAELITA.

Como débiles ovejas
Presa de lobos furiosos,
Nuestras armas son las quejas
Y nuestros tristes sollozos.

TODO EL CORO.

¡Oh de muerte temores pavorosos!

UNA ISRAELITA.

Si angustias hoy en nuestro pecho moran
Como señal de luto y de tristeza
Rompamos los adornos que decoran
En vano ¡oh Dios! nuestra gentil cabeza.

OTRA.

Los cilicios vistamos con presteza,
Que al horrible festin que á Aman encanta
Otros adornos no hay de tal belleza;
El impío á nuestra muerte se adelanta.

TODO EL COTO.

Si angustias hoy en nuestro pecho moran:
Como señal de luto y de tristeza
Rompamos los adornos que decoran
En vano ¡oh Dios! nuestra gentil cabeza.

UNA ISRAELITA.

Matanza terrible doquiera se advierte:
El niño, el anciano, la débil mujer,
Hermana y hermano, á todos la muerte
Al hijo y la madre, los ve perecer.
¡Cuerpos destrozados, sus miembros dispersos,
El padre estrechando al hijo al morir!
Todos insepultos, en sitios diversos:
¿De pasto á las fieras irán á servir?

Una adolescente doncella israelita.

¿Por qué tan jóven aún
He podido ¡ay! merecer
Mi desgracia, por qué crimen
Tengo ¡oh Dios! de perecer?
¿De mi vida en los dinteles
Al purísimo placer,
Como la flor de una aurora
Que marchita ha de caer?
¡Y tan jóven todavía
He podido merecer
Mi desgracia, por qué crimen
Tan tremendo padecer?

OTRA.

Por ajenos delitos, desdichadas
Victimas de expiacion,
De qué nos sirven ¡ay! nuestros pesares
Y el inútil dolor.
Nuestros padres pecaron y murieron,
Pero no con sus culpas perecieron:
Las castiga en nosotros el Señor.

TODO EL CORO.

El Dios á quien servimos, es Dios de las armadas
Dios de justicia, de bondades Sér
Y no verá que al filo cruel de las espadas
Hoy la inocencia pueda perecer.

UNA ISRAELITA.

¡Y qué!—dirá el impío—¿dónde se advierte
De ese Jehová tremendo el gran poder?
No existe, que es el fruto de la suerte,
¿Cómo elogiarla ya podrá Israel?

OTRA.

¡Temblad, pueblos, de gloria celoso
Este Dies, por dequiere victorioso,
Puede sólo á los cielos mandar,
No los rayos ni el trueno á otros dioses
Obedecen, cual á Este, veloces:
Pues son polvo, miseria fugaz.

DOS ISRAELITAS.

Oh Dios de inmortal gloria coronado,
Oh Dios Eterno de esplendor rodeado,
Que tienes por carroza horrísono huracan:
Tu trono por los ángeles llevado
Asciende hasta los cielos magnífico, eternal.

TODO EL CORO.

El Dios á quien servimos es Dios de las armadas
Dios de justicia, de bondades Sér
Y no verá que al filo cruel de las espadas
Hoy la inocencia pueda perecer.

OTRA.

El trastorna al soberbio, al audaz,

OTRA.

Y al humilde da dicha y la paz.

TODO EL CORO.

Tu ves nuestros peligros, Dios elemento,
Da á tu Nombre sagrado la victoria:
A Tí sólo el honor, á Tí la gloria
No al dios extraño, al ídolo impotente.

UNA ISRAELITA.

Armate y ven piadoso desde ese cielo agosto
Tu pueblo, el elegido, Señor, á defender,
Y como el mar temblando de pavoroso susto
Te vea el impío, que es polvo, terrible descender.

TODO EL CORO.

Tu ves nuestros peligros, Dios elemento,
Da á tu Nombre sagrado la victoria:
A Tí sólo el honor, á Tí la gloria,
No al Dios extraño, al ídolo impotente.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

(Continuará.)

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LX

MEMORIAS DE UN INSURGENTE.

EL nombre de una de las primeras víctimas de nuestra independencia, como dice un recomendable escritor jalisciense, aparece por primera vez en la historia de los acontecimientos memorables de esta ciudad, el 13 de Septiembre de 1810. Este fué el ilustre patriota D. Epigmenio González, de quien los historiadores fuera de este hecho, nada vuelven á enarrar.

La presente leyenda tiende á detallar los rasgos más salientes de la vida de este héroe, mártir lleno de abnegación en favor de su patria, ignorados hasta hoy; los cuales debo á la deferencia de un estimable colaborador de EL MERCURIO de la prensa de Guadalajara, vecino de aquel héroe, en cuya ciudad pasó los últimos años de su vida.

Omito detallar los acontecimientos ocurridos en aquellas fechas escritas en letras de oro en las páginas gloriosas de nuestra historia patria, por ser demasiado conocida la parte que en ellas tomó nuestro héroe. Descorramos el velo de los tiempos y sigamos sus pasos, aunque á grandes rasgos, desde su nacimiento.

En esta ciudad vió la luz primera el año de 1778, habiendo nacido de padres hispano-mexicanos, recibiendo de ellos una educación esmerada.

Apénas comenzaba á sonreírle la juventud cuando perdiera sus padres, dedicándose al comercio y demás atenciones, legado de aquellos.

En este tiempo germinaban ya en nuestro jóven los sentimientos patrios que más tarde le ocasionaran una cadena de largos sufrimientos.

La muerte misteriosa y repentina del Lic. Verdía, en México, por las agudezas de Yermo, vinieron á echar por tierra las ilusiones que en 1808 veía cercanas á realizarse nuestro héroe. Mas esta decepción no desmayó el incansable afán de su levantado espíritu, sino que dióle nuevos bríos convirtiéndolo en uno de los más ardientes propagandistas de la idea que dominaba su cerebro.

A pesar del negro porvenir que su hermano Emeterio le predijese, no vaciló en ponerse en contacto con Allende, el Corregidor Domínguez y su esposa, que eran el alma de la conspiración. Esto pasaba en 1809 y cuando cierta vez por la centésima, su hermano le advirtiese lo expuesto de la empresa, le contestaba: "Estoy dispuesto á sacrificarlo todo en bien de mi Patria." La historia se encargó de corroborar su aserto.

El plan adoptado por Hidalgo y comunicado á González era el siguiente:

Proclamar el 1.º de Octubre la indepen-

dencia á la vez en Dolores, Valladolid, (Morelia,) Guanajuato y ésta; concentrar las fuerzas en esta ciudad para hacer frente al grueso del ejército realista; permanecer aquí hasta Noviembre con objeto de hacer la entrada triunfal en México el 12 de Diciembre de 1810. [1]

Para conseguir este objeto, D. Epigmenio no vaciló en sacrificar sus haberes preparando armamento suficiente, el cual debía poner á disposición de Hidalgo en los días del 20 al 25 de Septiembre. Huelga referir que esta fué su ruina, como se ha repetido tanto por los historiadores; así como la prisión que le precedió, motivada por la delación del traidor Arias.

Después de haber sido apresado la noche del 14 fué trasladado en rigurosa incomunicación á México en donde el Virrey Venegas le ofreció el indulto si delataba sus compañeros y descubría los secretos de la conspiración. ¡Efímero empeño! nada contestó ni á las promesas ni á las amenazas.

En vista de esto fué llevado para Acapulco, en donde permaneció hasta que en los últimos días del mismo año llegó la real orden, por la cual fué deportado en compañía de otros, á un pequeño islote cercano á las costas asiáticas.

En húmeda mazmorra pasó nuestro patriota lo más florido de sus años, con pesadas cadenas en sus pies, cuya presión entumeció uno de esos miembros para siempre y cuyas perpetuas llagas lo llevaron más tarde al sepulcro. (2)

Triunfó por fin el partido en 1821, y esto no obstante, el Sr. González continuó en su martirio, porque los primeros gobernantes á raíz del triunfo, olvidaron que éste debía ser al patriotismo de pocos, confirmado por las cadenas y el destierro. ¡Esa y no otra, ha sido siempre la más notable flaqueza en la humanidad! La ingratitud....

Entretanto D. Epigmenio permaneció en su destierro y prisión, hasta 1837 en que con motivo del tratado de Isabel II de 28 de Diciembre de 1836, se hizo memoria de los pobres olvidados, debido al benigno corazón de D. Nicolás Bravo, quien al subir al poder en 1839 lo rehabilitó, le dió todos sus haberes nombrándolo á la vez vigilante en propiedad de la casa de moneda de Guadalajara.

Su regreso á la capital después de 26 años de exiliar el crimen [?] de hacer feliz á su patria, lo hizo primero obteniendo el pasaje del buque del desprendimiento de un español amigo suyo, y después lleno de peripecias y miserias en tan largo trayecto desde el puerto de San Blas á México.

A su regreso de la capital estuvo en esta ciudad en donde socorrió con creces á una tía y sobrinos que aún encontró, pasando á fijar su residencia en Guadalajara, de donde jamás volvió.

Pero después compró una casa en el barrio de la Mazmorra (hoy de la Canela) en donde vivió hasta su muerte.

Estando empleado, ocupaba sus ratos de ocio en cultivar la linaza, el ageno y otras plantas de cuyas fibras sacaba su pequeña industria, trabajo que hacía personalmente y del cual se sostuvo al quitársele el empleo por el cambio de partido.

Fuó caritativo con el necesitado y sin ostentación, como pueden certificarlo los descendientes de la familia Orta, vecina suya, á quien socorría con largueza.

Los mundanos que de todo juzgan sólo por las exterioridades, llegaron á tenerlo por loco, porque en la fecha memorable del 15 de Septiembre y al pasar el vitor por su ventana, trémulo ya y con mano vacilante apoyado en su enverjado, lleno de entusiasmo y derramando lágrimas de amor patrio, solía arro-

[1] Relacion tomada de confidencias íntimas de nuestro héroe á persona de sus confianzas.

(2) Estas cadenas las conservó en su poder hasta su muerte.

jar puñados de monedas á la muchedumbre vitoreando con voz ya sepulcral, lleno de emoción, la independencia. Y cuando entre la multitud aparecía el estandarte con la efigie del Cura Hidalgo, su entusiasmo rayaba en delirio, y alzando las manos en alto, gritaba con toda la fuerza de que era capaz, derramando torrentes de lágrimas, ahogando el entrecortado eco de su débil voz la gritería de la multitud y las notas entusiastas de nuestro Himno Nacional.

La multitud seguía su curso y nuestro héroe, agobiado más que por los años por tan largas y amargas decepciones, quedábase anadado y sumido en un sinnúmero de encontradas ideas, cubriendo sus salientes pómulos con sus huesosas manos, permanecía insensato por largo tiempo, hasta que se iba despejando su agobiado espíritu.

El año de 50 fué atacado del cólera; pero se le atendió con esmero y salvó; mas no así de la enfermedad que le siguió de los órganos digestivos, que unida á sus dolores crónicos asiáticos, lo llevó al sepulcro el lunes 19 de Julio de 1858.

Murió en su casa número 6 de la calle de "Los Pericos" en Guadalajara.

El elemento oficial faltó por completo á tributarle los honores debidos á nuestro héroe, debido á las ideas locales de la época.

La procesion fúnebre se compuso de los vecinos y alguno que otro amigo fiel del finado, coronando la obra la naturaleza cargada de nubes.

No obstante la protesta de sus acompañantes fué sepultado en el patio del hospital de San Hipólito, lugar destinado para depositar los cadáveres de los enagenados. ¡Tal es la flaqueza humana!

Allí permaneció su cadáver 32 años, hasta que el caballero D. Alberto Santocoy elevó su iniciativa al C. Gobernador D. Mariano Bárcena, á fin de que se les diese honrosa sepultura á aquellos restos, lo cual fué obtenido. En tal virtud y debido al patriotismo de los Sres. Tomás Bravo, Bustamante, Pérez Verdía, Salado y otros, se hizo la solemne translación el 17 de Septiembre de 1890. (3)

No debo olvidar honrosa mención del Sr. Lic. D. Francisco Escudero y López Portillo, á cuyo empeño también se llevó á cabo esta levantada idea que honra demasiado á los jaliscienses.

Se calcula en 50,000 el número de personas que asistieron á este acto.

No se comprende por qué olvidaron colocar en la alacena donde fueron colocadas las cenizas de nuestro patriota, alguna inscripción siquiera que indicase á las futuras generaciones el último descanso de aquellos restos.

La prensa local en 1893 volvió á iniciar la traslación de aquellas cenizas á otra alacena más visible y más que todo la colocación de una lápida debida á los estudiantes de Jurisprudencia.

El 17 de Septiembre del citado año y después de trasladados los restos como y según la iniciativa, se descubrió la lápida de mármol negro que cubre su última morada, conteniendo en letras de oro la siguiente inscripción:

AL MARTIR DE LA INDEPENDENCIA
NACIONAL
EPIGMENIO GONZALEZ,
LA SOCIEDAD DE GUADALAJARA,
A INICIATIVA DE LOS
ESTUDIANTES DE JURISPRUDENCIA.

SEPTIEMBRE 17 DE 1893.

En 1894 y 95 el Sr. D. Juan C. Ramírez inició honrar á nuestro héroe, colocando en la casa que habitó una lápida conmemorativa el día del glorioso aniversario; y á pesar de que

(3) Así lo refiere EL MERCURIO OCCIDENTAL núm. 77 publicado en ese lugar.

los periódicos publicados en esa época en aquel lugar, tal como EL HERALDO, EL CONTINENTE, EL CORREO DE JALISCO Y EL MERCURIO, hablaron muy alto en favor de la iniciativa de aquel señor, nada se hizo. Poco después sabemos que este señor (á quien deberíamos llamar queretano) elevó hasta el Señor Presidente su patriótica idea, y desgraciadamente nada consiguió.

Querétaro estará reconocida, y no olvidará los servicios que aquellos buenos jaliscienses, verdaderos patriotas, han hecho ó proyectado en favor de uno de sus esclarecidos hijos.

Todavía más: el citado Sr. Ramírez ha iniciado el proyecto de dar el título del nombre de nuestro héroe, á la calle de "Los Pericos" donde está la casa en que habitó y murió, con motivo del próximo aniversario de nuestra independencia. Creemos y esperamos que la Junta no vacilará en llevar á su realización la noble idea del citado Sr. Ramírez, tomando en cuenta y reconociendo debidamente el acendrado patriotismo de este jalisciense.

El Ayuntamiento de esta ciudad, hace algunos años que tituló una de sus calles con el nombre del Sr. González grabado en letras de oro, y poco después colocó una lápida conmemorativa de mármol con la siguiente inscripción, en la casa que habitó y donde fué aprehendido. (Jardin Zenea, vista al Oriente.)

EL DISTINGUIDO PATRIOTA

EPÍGMENIO GONZÁLEZ

BENEMÉRITO DEL ESTADO,

AQUI HABITÓ;

AQUI FUE APREHENDIDO FABRICANDO MUNICIONES, PARA PROCLAMAR LA

INDEPENDENCIA DE MEXICO SU PATRIA EN
SEPTIEMBRE 13 DE 1810.

Réstame sólo hacer público mi agradecimiento á nombre de mi querido suelo á los buenos y generosos jaliscienses, que han honrado la memoria del patriota queretano, mártir de la independencia.

Tal vez más tarde logremos los queretanos traer aquellos restos, y cual los de la heroína Josefa Ortiz, colocarlos en nuestro panteón, y levantarles un monumento digno á su abnegación y patriotismo.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XLII

AL PROGRESO.

Torpe la lengua mía,
A traducir intrépida no alcanza
La celeste armonía,
Que por doquier difunde con pujanza
El aliento sublime del progreso.
No fué dada á mi lira la ternura,
Ni á mi estilo la régia galanura
Del Petrarca inmortal;
Ni puedo en mi delirio
Arrebatar el poderoso acento
Con que la tierra al par que el firmamento
Celebran con lenguaje cadencioso,
Y en himno gigantesco,
De eterno amor el lazo misterioso.

Mas no puedo callar aunque mi pluma
Pase nomás rozando,
Como pasan los copos de la bruma,
Como vaga en el mar la blanca espuma.

Y ¿quién podrá callar si del pasado
Se levanta magnífico el presente,
Más que el sol que las nubes ha rasgado,
Y rueda majestuoso y esplendente
En un cielo de azul engalanado?

Mirad, no son las huestes poderosas
De Alejandro y de César,

Que dejan trás de sí ruinas desiertas;
Ni son de Napoleon guerreros bravos
Ante cuyo luchar quedan cubiertas
De sangre y de cadáveres, Europa
Y de Asia las fértiles llanuras,
No se escucha el silbar de la metralla,
Ni se cubren los campos con la nube
Que arrojan en el campo de batalla

Los rugientes cañones;
Los gloriosos pendones

Que hoy miramos flamear en todo el mundo,
Anuncian que aparece nueva aurora
Del bendito progreso precursora.

No alumbran del hogar sus rayos de oro
La fratricida lucha,
Ni dejan ver el maldecido lloro
Al ahuyentar las sombras de la noche.

Virtud y bienestar, este es su lema,
Sacar de la abyección al sér humano,
Y ceñir en sus sienes la diadema
De inmarcesible gloria.

En sus eternas páginas, la Historia
Grabará de la paz el bello nombre,
Y de la baja escoria

En que toca sus alas la ignorancia,
Brotará de las letras la fragancia,
De la verdad titánica el renombre.

Descubrirá las leyes que en la altura
Hacen girar los rutilantes astros
Con sin igual concierto y hermosura;
Al rayo vencerá; y en un momento
Mandaré desde un polo al otro polo
El ingente fulgor del pensamiento,
Del eléctrico fluido en la carrera.

La linfa procelosa de los mares,
Que embravecida ruge,
Cruzarán los vapores á millares;
Y su arrollante empuje
Rasgará irresistible el fuerte velo
Que oculta los arcanos de este suelo.

Como al calor del sol nacen las flores
En las fragosas queiebras de los montes,
De la vida los pardos horizontes
Se teñirán de múltiples colores
A su marcha triunfal.

Nada á su paso atlético resiste;
Ningun hombre le estorba su camino,
Su palpitante divino

Lo sentirán las próximas edades
Más dulce y vigoroso,
Y en conciento amoroso

Le rendirán sumiso vasallaje,
Como cantan al sol las aves ledas
En las tupidas ramas del bosquejo.

Sér intangible que mi pecho agitas
Con caricias ignotas,
Gigante luchador que dejas rotas
Las armas del error,
Al sentirte mi labio queda mudo,
Y sólo á balbucir se atreve ardiente:
Progreso vencedor, ¡yo te saludo!

XLIII

EN LA INAUGURACION DE LA SOCIEDAD MANUEL ACUÑA.

La delicada rosa
De la feraz pradera,
Galana y lisonjera
Se ostenta primorosa;

Le da savia fecunda
La tierra, y la alborada
La besa enamorada
Y de aljófar la inunda.

Entre las bellas flores
Despide su perfume,
Y el lirio se consume
Hablándole de amores.

A su sonrisa suave
El céfiro suspira,
Y á sus redores gira
Por admirarla, el ave.

Cuando se va la noche
Y el sol rueda en la altura,
Despliega en la llanura
Su purpurino broche.

La flor vive contenta
Con auras y rocío,

Mas si le roba el frío
La savia con que alienta.

Se dobla dolorida
Sobre su débil tallo,
Sin que de Febo el rayo
Le pueda dar la vida.

El hombre en este suelo,
Flor misteriosa y gaya,
Tambien triste desmaya
Aislado y sin consuelo.

Su corazón gigante
Busca febril y ansioso,
De un pecho cariñoso
El palpitante amante.

Su espíritu potente
Acongojado gime
Si la amistad sublime
No lo mira sonriente.

Mas dadle las caricias
Que calmen sus enojos,
Y entónces sus abrojos
Se tornan en delicias;

Y cual las frescas flores
Que en el pensil campean,
Y al aire se cimbrean,
Y exhalan sus olores,

El del hogar sagrado
Sera luz, armonía;
Será amor, ambrosía;
De todos apreciado.

Vosotros, compañeros,
Que del cariño en brazos
Buscáis los dulces lazos
De instantes placenteros,

Seguid, que en lontananza
Se miran los destellos,
Que anuncian días bellos
De paz y bienandanza.

Si hoy el yugo rompéis
De fría indiferencia,
Mañana la existencia
Hermosa miraréis.

Festiva juventud
Goza, que el gozo es puro
Cuando su pie inseguro
Descansa en la virtud.

(Continuará.)

EL ILMO. SR. DR. D.

Juan de Ortega Montañes Y PATIÑO,

Sexto Obispo de Durango.

A PENAS trataré algo de este Prelado, que si no hubiese sido preconizado y consagrado para regir la diócesis de Nueva Vizcaya, bien se le podría llamar sólo presentado, pues ni llegó á tomar posesion de ella por haber sido trasladado al poco tiempo de consagrado á Guatemala. De suerte que nada le debió Durango para mencionarle entre sus Obispos.

Varios autores se ocupan de este mitrado, quien además de gobernar á la mencionada Iglesia de Guatemala, á la de Michoacan y á la de México; dos veces empuñó el baston del virreinato de la entónces Nueva España. [1636 y 1701.] Hecha esta aclaración, el benévolo lector me escuse que no trata en este lugar con alguna detención de S. S. I. y sólo me contento con brevísimas noticias.

«Nació, dice Juarros [en su compendio de Guatemala, 1809, pág. 285,

Tomo 1º,] el 3 de Julio de 1627 en el pueblo de Siles Obispado de Cartajena de Levante, de padres nobles.

«Estudió ámbos Derechos en Alcalá. Algun tiempo sirvió el oficio de Inquisidor en México. Electo Obispo de Durango el año de 1674 le consagró en la citada ciudad el Sr. D. Fr. Payo de Rivera, ántes de pasar á su Iglesia fué trasladado á la de Guatemala, en cuya capital entró el 11 de Febrero de 1676. En Noviembre del mismo año recibió sus Bulas, y el 27 de Diciembre tomó posesion. Promovióle Su Majestad al Obispado de Michoacan el año de 1682, (1) y poco despues al Arzobispado de México, donde ejerció tambien el oficio de Virrey. . . . lo llamó el Señor á recibir el premio de sus trabajos el año de 1710, y fué sepultado en la catedral de México.»

En cuanto al lugar de su nacimiento el Sr. Eguiara, los Sres. Lorenzana, Alcedo, Sosa y Rivera Cambas asignan á Llanes de Asturias con buenas razones; pero es de lamentar que el Sr. D. Rafael Núñez al publicar una biografía de este Prelado, pariente suyo, no hubiese obtenido la partida de su bautismo con la cual se

[1] En el «Catecismo geográfico histórico estadístico de la Iglesia Mexicana» Lec. XXVII. pág. 161, se lee: 1º que el Sr. Ortega fué promovido á Puebla en 11 de Abril de 1682, 2º presentado para esta Sede [Michoacan] llegaron sus bulas el 7 de Junio de 1683, y 3º se tuvo noticia en México el 7 de Junio de 1692; pero no aceptó sino hasta el 29 de Enero de 1696.» En cuanto á su promocion á la ciudad de los Angeles, en contra tenemos esto:

En el mismo Catecismo, Lec. IX, pág. 58, se ve que el Sr. Obispo de Puebla Fernández de Santa Cruz gobernó la diócesi desde su traslacion de Guadalajara, 2 de Junio de 1676, hasta su muerte acaecida el 1º de Febrero de 1699 además por los diarios de Robles consta: que el 7 de Junio de 1692 el dicho Sr. Obispo Fernández gobernaba su diócesi, puesto que mandó prender al Tesorero de su Iglesia y que el Cabildo de la misma estaba dividido y que el juéves 9 de Julio de 1682 «se ha dicho es Obispo de Michoacan D. Juan de Ortega, Obispo de Guatemala; dió esta nueva un sobrino suyo que viene en el aviso.»

Allí se lee que se trataba en lo 3º del virreinato puesto que en Enero de 1696 sábado 21 llevó el pliego á palacio en acuerdo el inquisidormayor D. Juan de Mier, en que viene nombrando por virrey el señor Obispo de la Puebla Dr. D. Manuel Fernández de Santa Cruz, y se le despachó luego correo despues de las oraciones.

«Lúnes 23 en la noche, vino correo de la Puebla, en que renuncia el señor Obispo de ella, y pasóse á abrir el segundo pliego en que viene nombrando el Señor Obispo de Michoacan D. Juan de Ortega Montañés, y se le despachó correo á las nueve de la noche.

«Domingo 29, se supo cómo aceptó el virreinato el señor Obispo de Michoacan D. Juan Ortega Montañés.

«Febrero.—Sábado 11, vino correo de Valladolid, de cómo sale de allí el señor Obispo el lúnes 13 de este mes.

«Viérnes 24 salió el virrey, Conde de Gálve, á recibir al Obispo de Michoacan.

«Lúnes 27, á las diez del día, entró en esta ciudad de México el señor Obispo de Michoacan D. Juan de Ortega Montañés que viene por virrey.

probara que en dicho Llanes nació, y no en Siles como aseguran, además de Juarros, los Dres. Beristain y Romero.

Tambien hay diferencias entre los autores respecto al día y mes del nacimiento, pues se señala el 23 de Junio.

Todos están conformos con que sus padres fueron D. Diego Ortega Montañés y Doña María Patiño.

Vuelvo á encontrar diferencia en la fecha de su llegada á México como Fiscal de la Inquisicion, el Dr. Beristain dice que fué por 1670, mientras que los Sres. Sosa y Rivera Cambas asientan muy bien con Guijo que en 1660.

Sólo Gams, señala el día y mes del nombramiento del Sr. Ortega para la diócesi de Durango, á saber el 24 de Abril. Su consagracion se verificó el domingo 24 de Marzo de 1675, cuarto de Cuaresma, como se registra en el Diario de Robles, y no el 24 de Mayo segun álguien asienta la hizo en la Catedral el Sr. Arzobispo Rivera y le sirvieron de Obispos mitrados el Dean D. Juan Poblete y el Arceidiano D. Juan de la Cámara. «Empezóse á las nueve de la mañana, acabaron á las once: á la tarde fué S. E. (el virrey) á ver al señor Obispo.»

«Lúnes 25 fué el señor Obispo á ver á S. E.»

Cuando todos los autores aseguran que el Sr. Ortega no tomó posesion de la diócesi de Durango, por haber sido trasladado á Guatemala, en Septiembre 9 de 1675, segun Gams, en cuya fecha no hay exactitud, segun luego diré. El célebre Dr. Eguiara únicamente es el que dice: «Se encaminó á su Sede y trabajó mucho en administrar su dilatada diócesi. Despues fué promovido á Guatemala.» Para probar esta nueva inexactitud voy á transmitir las noticias del Lic. Robles en su citado Diario, por ellas se verá que no salió de México y permaneció en esta capital todo ese año.

«Abril.—Sábado Santo 13.» Ordenes.—Este día hizo ordenes el señor Obispo Ortega en la Merced, y hubo 230 ordenados de orden sacro; acabó á las dos de la tarde; el domingo de Ramos hizo las menores en la Encarnacion, y hubo 120.»

«Mayo 30.—Este día visitó S. E. al señor Obispo Ortega en su casa, cerca de las doce y ha hecho confirmaciones desde el 25 de Abril.»

«Julio.—Miércoles 17, hizo consagracion de aras en San Pedro y en San Pablo en la Purísima, el señor Obispo Ortega, y consagró 87 aras; empezó á las siete de la mañana y acabó á la una.»

«Agosto.—Sábado 24, día de San Bartolomé, consagró S. E. el señor Arzobispo virrey en la Catedral al señor Obispo de Guadalajara, D. Manuel Fernández de Santa Cruz,

Asistieron el señor Obispo Ortega y el señor dean D. Juan de Poblete. . . .

Mártes 17, entró el gentil hombre (hoy llamaríamos el cartero) á la oracion con estas provisiones. . . . Obispo de Guatemala, el Sr. D. Juan de Ortega que lo es de Durango. Luego su real nombramiento no pudo ser el 9 de Septiembre.

«Septiembre.—Sábado 21, hizo ordenes en San Francisco el señor Obispo Ortega; hubo 180 ordenantes de sacro orden.»

«Diciembre 2.—Este día salió el señor Obispo D. Juan de Ortega, para su Obispado de Guatemala, con muchas carrozas.»

El Catecismo citado, en una Nota al principio, refiere en la Lec. XI, pág. 241, que «salió de la capital del país en 11 de Febrero de 1676,» esta fecha, segun Juarros, fué la de su llegada á Guatemala.

El Diario de Robles dice en Octubre de 1676. «Lúnes 30, vino nueva de haber cegado el señor Obispo de Guatemala D. Juan de Ortega.» Si hubiera sido exacto, no hubiera sido trasladado ni á Michoacan ni á México. Tal vez sanó de una enfermedad de la vista que le dejó una huella, si hemos de dar fé á los retratos en defecto de otros testimonios, pues en ellos se le representa falto de un ojo. Carlos II le trasladó á Michoacan en 1682 y al Arzobispado en 1699, y entró á México el 24 de Marzo de 1700. (Sosa.)

Para concluir agregaré que este Prelado no murió en 1710 como dicen Alcedo, Juarros, Gams y «México á través de los siglos» sino el 16 de Diciembre de 1708 como lo refieren, la «Gaceta de México» de Marzo de 1737, el Dr. Eguiara, Carrillo en su Pensil americano, Beristain, Ramírez, el Dr. Romero Rivera, Cambas y Sosa, en perfecto acuerdo con la siguiente partida:

En diez y seis de Diciembre del año del S. de mil setecientos y ocho murió el Ilmo. y Exmo. Sr. D. Juan de Ortega Montañés Arzobispo de esta Santa Iglesia, Virrey Gobernador y Capitan General que fué de este Reino. Recibió los Santos Sacramentos en su Casa Arzobispal donde vivía. Enterróse en la Santa Iglesia Catedral. D. Sánchez (al margen.)» El Ilmo. y Exmo. Sr. D. Juan de Ortega Montañés. Lib. 6 de los difuntos, pág. 98 del Sagrario Metropolitano.»

MANUEL HERPST.

A MARIA EN SU ASUNCION A LOS CIELOS.

Vedla, vedla cuán bella y radiante sostenida por Angeles sube, cual de incienso aromática nube, que se eleva delante el altar.

Van flotando sus trenzas doradas; soles mil con el lindo pie huella; á su vista la nítida estrella obscurece su ardiente brillar.

Almo canto en los aires resuena, de los Angeles grata armonía:

“¡Gloria, exclaman, honor á María, pura, libre de vil corrupcion!”

“Abrid, cielos, las puertas de oro, que hácia vos la Doncella más santa, más graciosa que Ester, se adelanta á la regia y excelsa mansion.”

Mas ya sale al encuentro el Divino, el Ungido más tierno y amante, con mil soles brillando el semblante, con mil rayos orlada la sien.

“Ven, le dice, paloma inocente, sin mancilla, serás coronada: para Tí prepararé una morada en mi eterna y segura Salem.

“Tiempo es ya de que enjugues el llanto, que vertiste, oh Madre adorada, cuando al pie de mi cruz desolada, contemplaste mi acerbo llorar.

“Triunfa, oh Reina; mi trono es tu trono y tu herencia será el ancho cielo; pues partiste conmigo mi duelo, también parte mi imperio sin par.”

Así hablara el Potente; y afable, tierno beso en la frente le sella, los Querubés se postran ante Ella, embargados en santo temor.

Doble lumbré los cielos colora; manso el viento susurra entre flores; calma el mar sus airados furoros; su perfume acrecienta la flor.—X.

El aparecido del cementerio.

I

QUE hermosa y atractiva caza! ¡Juzgad!

Acosada por seis perros, una loba fuerte y feroz salió de su guarida, á cuatro leguas del lugar en que nos hallábamos, y fué á caer en la sombra del bosque.

Harnec, un buen hombre de las cercanías, se nos ofreció para transportarla él mismo, muy contento y satisfecho, porque la loba le había arrebatado cuatro corderillos y dos hermosas pavas para dar de comer á cinco lobeznos que, privados de su madre, tendrían que buscárselas solos.

El buen Harnec fué gritando todo el camino y cantando, mezclando alguno que otro juramento, porque además, á su caballo se le erizaba la crin, sin duda al olfatear la carga que llevaba.

Nuestras trompetas entonaban el canto de presa cogida con todos los honores de ordenanza; y con el entusiasmo no sentíamos el cansancio, aunque teníamos motivo para estarlo, despues de la carrera que nos habíamos dado.

A la entrada del pueblo, destacándose del cementerio, una sombra se acercó á la carreta, y los perros, heridos y amontonados alrededor de la fiera, levantaron la cabeza y gruñeron sordamente.

Harnec rechazó al mendigo, un buscador de pan que hizo «¡Hou! ¡Hou!» á la loba mostrándola el puño.

—Vete de ahí, tú, Juan Luis, le dijo al idiota desviándole con el puño de su látigo.

Juan Luis le inspiraba una especie de temor como si fuera un genio

del mal, y le hacía gruñir entre dientes.

—¡Déjala, que ya ha reventado, te digo! Tú la conoces bien, porque estoy seguro que has corrido con ella y con otras por las noches....

Y dirigiéndose á mí añadió:

—Es más malo que los lobos y va con ellos por la noche, estoy seguro.

II

Llegábamos al pueblo y hacíamos nuestra entrada triunfal en medio de los saludos y aclamaciones de la gente que había llegado de todas partes para recibirnos.

¡Oh! Estas cazas hay que marcarlas con piedra blanca.

Nos reuníamos media docena de amantes, de adoradores de la caza, y dos veces al año, y poniendo en trahilla nuestras modestas jaurías de perros, cazábamos el ciervo, el jabalí, el zorro, el lobo....

En el «Gallo blanco» albergue de la madre Subreau, encontrábamos buena posada, con blandas y limpias camas.

¡Qué tortillas! ¡Qué guisos de liebre! ¡Y qué asados!

Todo hecho por la madre Subreau, que guarda el secreto de sus sorprendentes recetas.

Estas alegrías, si así pueden llamarse, este confort, se paga con cantidades casi irrisorias por lo modestas.

La madre Subreau ya no existe. La posada del «Gallo blanco» ha sido demolida para levantar en su lugar un hotel cualquiera.

No tenía pretensiones la posada, ni botones, ni libreas; una capa, un traje de terciopelo, unas botas gruesas... esto era lo que se necesitaba.

Traíamos de nuestras correrías, que comenzaban con el alba y terminaban por la noche, un hambre endiablada.

—No sé si va á relucir esto poco, dijo la madre Subreau, despues de volver á uno y otro lado la loba que habían colocado sobre la mesa de la cocina.

¡Y los tapones saltaron! No de sidra, no, aunque la de Penroz es néctar! ¡sino de Champagne de Pommery! del cual teníamos la precaucion de abastecernos para rociar nuestra caza, y del cual hacíamos probar también á la fuerza á la madre Subreau, á la que dos dedos de este vino hacían ladear su copa.

Los tapones saltaron con estrépito; cada uno tenía su botella. ¡La madre Subreau tenía razon, aquello relucía!

III

No sé cómo se pusieron á hablar de espíritus, de aparecidos, de duendes, de trasgos. Los unos creían en el fluidismo, en el hechizo; los otros, en un gesto, movían la cabeza, no diciendo

ni sí ni no, segun costumbre normanda.

En cuanto al pequeño Bruel, ancho de espaldas, bajo, y que no era cobarde, os lo aseguro, le he visto forcejar un día entre las patas de un jabalí que le había derribado, y aunque herido en un brazo, le hundió su cuchillo hasta el mango. Pues bien; Santiago Bruel nos dijo, encogiéndose de hombros:

—¡Todo eso no son más que cuentos de vieja! No creo en ninguna de esas historias. Los demonios, los aparecidos no existen, y el diablo me importa tres cominos. Todo eso es un monton de mentiras para dar miedo á los niños.

En un rincon, la madre Subreau le escuchaba santiguándose nerviosamente:

—En fin, le replicó despues de larga discusion Pedro Brazie, serás capaz de decirnos que irías de noche á pasearte por un cementerio.

—Pues bien, si. ¿Quién me lo impediría?

—Irías?

—Con seguridad que iré... No tendrás que decírmelo muchas veces.

—Lo dices por decir... pero al pie de las tapias ya lo mirarías dos veces.

De un trago, Santiago se bebió un vaso de Champagne sin espuma, y dijo muy tranquilamente:

—Mirad, somos ocho... os apuesto un almuerzo, pero un almuerzo de verdad, con ostras, una pava trufada, un pastel de *foie-gras* y veinticinco botellas de Pommery, la víspera de nuestra partida.

—Pero, ¿qué apuestas?

—Que esta misma noche, dentro de un rato, voy á ir al cementerio de Penroz, y como prueba, os traeré un cráneo que cogeré en el osario.

Todo el mundo se había callado.

Pedro Barzie exclamó por fin:

—¡Vaya una apuesta! ¡Ciertamente es una verdadera apuesta! ¡Si haces eso serás un valiente!... Y sin embargo... me gustaría más... no sé yo....

—¿Apuestas?

—Apuesto.

Y por dos veces se estrecharon las manos.

IV

Santiago ya está en camino. No sé cómo fué, pero nuestra alegría desapareció desde aquel instante; las lenguas se anudaron. Se insistió en beber Champagne, pero nada bastó. Dos ó tres de los nuestros, incomodados por la perturbacion producida en nuestra alegría, tan franca hacía un rato, refunfuñaron:

—Es muy tonto eso de la cabeza de muerto.

Con el reloj en la mano se tardaban diez minutos en ir desde la posada del *Gallo blanco* hasta el cementerio de Penroz. Nos parecieron terri-

blemente largos. Y más interminables todavía, más pesados los otros tres ó cuatro que siguieron. Se miraba el reloj, se contaba, con el oído atento, el cuello extendido. De repente escuchamos el ruido de una carrera, más bien desenfrenado galope, el ruido de un cuerpo al correr impetuosamente.

De un violento empujon la puerta se abrió y apareció Santiago, pálido, con los ojos extraviados, asustado. . . . Dejándose caer sobre una silla, nos dejó ver su rostro, convulso por un terror insuperable. Entre sus labios blancos castañeteaban sus dientes, mientras todo su cuerpo se agitaba por un estremecimiento mortal.

Con un movimiento violento se arrancó la corbata y el cuello de su camisa; se ahogaba.

—¡Dadme de beber!—gruñó.—
¡Agual!

Corrimos á la cocina. . . . ¡Santiago está enfermo. . . . como loco! . . . Vino la madre Subreau, azorada, desfavorida, gritando.

—¡Jesus! ¡Santa Ana! ¡Santa Bárbara! ¡Virgen Santa! ¿Qué es lo que le ha ocurrido á este pobre señor?

Nadie pensaba en responderla. Castañeteando los dientes en el vaso, Santiago llegó por fin á tragar algunas gotas de agua helada. Entónces, moviendo la cabeza como para ahuyentar una horrorosa obsesion:

—He creído morir—murmuró.—
¡Qué agonía! ¡Qué horrible vision!

—Pero ¿qué ha visto usted, señor?—preguntó la madre Subreau.

—¡Ah, os aseguro que creo ahora en los aparecidos.

Y con palabras entrecortadas:

—Ved lo que me ha pasado—dijo, dando un prolongado suspiro que permitió entrar el aire en su pecho oprimido.—Llegué al cementerio, le atravesé marchando al osario, situado en el fondo. Todo esto es sencillo; no sentía ni malestar ni temor; era dueño de mí. . . . Me bajé para coger un cráneo, hay un monton de ellos. . . . cuando una sombra se levantó delante mí, diciéndome: sí, sí, veo que no me creéis. . . . Pues bien, ¡os lo juro! la sombra me ha dicho:

—¿Qué vienes á hacer aquí?

Entónces no supe lo que me pasó. ¿Cómo no me he caído? ¿Dónde he encontrado fuerzas para saltar las tumbas, las vallas, los cercados? ¿Cómo he encontrado la puerta? ¡No lo sé! Aquí estoy. . . . He perdido. . . . he perdido todo lo que queráis; pero aún me pregunto si no me volveré loco.

Sorprendidos, vacilantes, nos mirábamos sin decir una palabra.

La madre Subreau levantó los brazos al cielo y lanzó una carcajada, que nos pareció una inconveniencia del peor gusto.

—¡Ah! Vea usted, mi pobre señor Santiago,—exclamó—es Dios el que le ha castigado, porque es muy

feo, sí, ¡ir de ese modo á tocar los huesos de los pobres muertos! . . . ¡No es un juego para reír, ni juguete de niño! . . . Pero no tiemble usted de ese modo. . . . es Juan Luis el que le ha asustado. . . . Juan Luis el idiota. . . . Tiene la manía de ir á dormir todas las noches en el osario. . . . El guarda le ha echado, le ha pegado; pero él encuentra modo de volver siempre. . . . No me he acordado de prevenirle á usted. . . . Pero no tenga usted miedo, le aseguro que es Juan Luis.

He visto despues muchas veces á Santiago: no me ha vuelto á hablar de la aventura ni del almuerzo pagado por él: una comida lúgubre.

Pero estoy convencido que desde entónces, y á pesar de la explicacion de la madre Subreau, cree en los aparecidos.

JORGE PRADEL.

DONCELLAS SIN AMOR.

I

¡Ay de la fuente sin agua!
¡Ay de la noche sin luna!
¡Ay de la planta importuna
que no da fruto ni olor!
¡Ay de la hermosa doncella
Que veinte abriles contando
Está á sus solas llorando
Porque se ve sin amor!

II

No es fuente, fuente sin agua;
Ni noche, noche sin luna;
Ni es planta la que importuna
No da fruto ni da olor;
Ni la doncella es hermosa,
Que edad tan breve contando
Está á sus solas llorando
Porque ya no tiene amor.

III

¡Quién agua diera á la fuente!
¡Quién diera luna á la noche!
¡Quién de la flor en el broche
Fruto pusiera ú olor!
¡Quién de la hermosa doncella
Que está á sus solas llorando,
Pudiera en el pecho blando
Clavar un dardo de amor!

IV

Mas lentas pasan las horas
Y de ellas no viene alguna
Ni con agua, ni con luna,
Con fruto, ni con olor.
¡Ay de la hermosa doncella
Que veinte abriles contando,
Todavía está llorando,
Todavía y sin amor.

Antonio Cánovas del Castillo.

EL ALMA VIUDA.

RICARDO dejó sobre la mesa los papeles que acababa de examinar, y frotándose las manos como hombre satisfecho del resultado de su tarea, dijo á su mujer:

—Perfectamente. Los títulos están en regla, y toda vez que el precio es cosa convenida, mañana mismo daré al notario las órdenes oportunas para que formalice la escritura.

—¿De modo que te quedas con la finca? preguntó Clara, mirando fijamente á su marido.

—¡Claro! dijo Ricardo levantándose. ¿No te parece que es una buena adquisicion? Te aseguro que al comprarla realizo el sueño de toda mi vida. Poseer una casa de campo. . . . ¡Verás qué deliciosas temporadas vamos á pasar en ella! . . . El capricho cuesta algo caro; pero por fortuna nuestros negocios van viento en popa, y este desembolso no nos arruinará. ¿Qué? ¿No estás contenta?

Y Ricardo hizo ademán de coger una de las manos de Clara, que ésta instintivamente retiró con gran asombro del jóven.

—Pero. . . ¿qué tienes? tratamudeó éste. ¿En qué te he ofendido?

Clara tardó algun tiempo en responder. Su hermoso rostro expresaba abatimiento profundo, cansancio infinito. Sin dejar de mirar á su marido indicó á éste con un ademán que esperase un poco, como si lo que tenía que decir pidiera gran meditacion y reposo y á ella le faltasen fuerzas para decirlo. Cada vez más confuso, Ricardo murmuró con impaciencia:

—Vamos. . . . ¿Se puede saber lo que pasa? . . . ¿A qué estos misterios?

—Lo que pasa, respondió al fin la jóven con voz trémula. . . . Lo que pasa es tan grave que me faltan alientos para confesarlo. . . . Y. . . . no obstante. . . . Es preciso. Callar más tiempo sería engañarte. Ponerme á tu nivel, añadió con amargura. ¡Y no puede ser! Soy demasiado leal para hacer eso!

—¡Clara! exclamó Ricardo. ¡Ponerte á mi nivel! ¿Qué quieres decir?

—Digo la verdad, respondió Clara irguiendo altivamente la cabeza. ¡Digo que me has engañado, y digo que este engaño ha hecho morir el amor que te tenía! . . . Era preciso que lo supieras alguna vez. . . . Ya lo sabes. . . . He dudado y he sufrido mucho. Me agarraba á una última esperanza, pensando que si los hechos me ponían en el durísimo trance de arrancarla de mí para siempre, con ella iría mi lastimado corazon. . . . ¡Y no me engañaba, Ricardo! Porque ahora, al abrir con mis palabras el abismo que ha de separarnos para siempre, siento la suficiente tristeza del que da un adios á todas las ilusiones de su vida.

El golpe era tan rudo é inesperado que el jóven no encontró palabras con que responder á las que su mujer acababa de pronunciar. Lleno de congoja, la miró un buen rato. . . . Su conciencia no le acusaba de falta grave que á Clara se refiriese. De otras, sí, pero nada de comun tenían con el cariño que su mujer le inspiró siempre. . . . Tal vez, ahondando un poco, se disculpaban con este mismo cariño. No. No entendía aquello.

—Tú exigirás una explicacion y voy á dártela, continuó su mujer. Despues de oírla, medirás, seguramente, la distancia que nos separa y

comprenderás que los mayores esfuerzos de nuestra voluntad para acercarnos serían inútiles. . . . ¡Una desdicha inmensa para los dos, pero no podemos remediarla. Ricardo. . . . no podemos. Ya es tarde.

—Pero, Clara, ¿te has vuelto loca?

—No, respondió Clara. Creo que no. Y si esto es locura la tuve siempre. No ha nacido ahora. Oye, para terminar, añadió sentándose frente á su marido como si se sintiera al cabo de sus fuerzas. Con pruebas irrefutables, precisas, que no dejan resquicio alguno por donde pueda entrar la duda, sé que esta fortuna de que disfrutamos y que tan agradable te hace la existencia, no te pertenece. La gozas por usurpación, por falta de energía para cumplir con tu deber, por miedo á la miseria; tal vez por miedo al trabajo. . . . por lo que sea, menos por legítimo derecho. Que no tienes ninguno, lo sabes; que hay quien lo tiene aunque le sea imposible probarlo, lo sabes también, y sin embargo, de tal modo te apegaste á la comodidad y regalo de tu vida, que ni por un momento te acometió la idea de tu indignidad, ni trataste de cumplir con lo que el más rudimentario principio de la moral exigía de tí. En resumen: conozco la historia de tu padre, de esa negra historia se desprende, que usando de medios que no hay para qué calificar, logró apoderarse de la fortuna de una familia, maniobrando en el asunto con tal destreza que no dejó, como digo, á los despojados eficaz recurso para recobrar lo suyo. . . . que vino á tí por ley de herencia. ¿Lo negarás?

Desde que por las primeras palabras de Clara pudo entender Ricardo el asunto á que ella iba á referirse, inclinó la cabeza, demostrando el abatimiento del reo convencido de que no ha de poder refutar la acusación tremenda que contra él se prepara. La pregunta de su mujer no modificó la actitud del joven. Clara continuó de este modo:

—Supe el caso hace poco. . . . La fatal revelación me hizo el efecto de un mazazo en el cráneo. . . . Sentí que dentro de mí se hundía algo que no había de levantarse nunca. ¡Y qué herida más honda produce en el corazón los pedazos del ídolo que se derrumba! . . . Más era tan grande el amor que por tí sentía, que, lo confieso, Ricardo, esperaba siempre un arranque tuyo. . . . algo que me indicase que en tu alma no se había extinguido todo sentimiento honrado. ¡Inútil esperanza! pues, no sólo no pensaste en restituir á su dueño lo que le pertenecía, sino que. . . . acabas de probarlo, sabiendo que esa desdichada familia perece de miseria, piensas emplear el sobrante de rentas que son tuyas en realizar un capricho. . . . ¡El sueño de toda tu vida, según dices! . . . El sueño de toda tu vida! . . . ¡Tam-

bien yo tuve el mío y tú le destrozaste, Ricardo! Oyelo otra vez: ¡no puedo quererte! Decirte otra cosa sería un adulterio moral. . . . Por el alma te quise. . . . Las prendas de tu cuerpo me importaban poco. . . . No tenían para mí más valor que el de mis mayores entusiasmos. . . . No me extrañaría que, al oírme hablar de este modo, pensaras que estoy loca, como ántes dijiste. . . . Lo general es que la mujer no dé importancia á las faltas de su marido, cuando éstas no se refieren directamente á ella. . . . Las demás villanías que él pueda cometer no le importan gran cosa. . . . ¡No soy yo de las que así piensan, Ricardo! . . . ¡No! . . . ¿Qué más he de decirte? . . . Cumpro con mi deber no engañándote. He asistido á la agonía de tu alma, como otras mujeres asisten á la agonía del cuerpo de su marido, en espera de la favorable crisis que les devuelva el vigor de la vida. . . . Pero he visto caer, hundirse. . . . morir tu alma, y como aquellas, digo, retorciéndome de desesperación: ¡Soy viuda! . . . ¡Soy viuda, Ricardo!

LUIS DE ANSOENA.

ALREDEDORES DE ORIZABA.

LA CEIBA.

(En el camino de Nogales.)

¡Cuán próspera, á la vera del camino,
De opulento follaje coronada,
Grato frescor y sombra deseada
Brinda tu regia copa al peregrino!

Perdure tu benéfico destino
Luengos años,—honor de la cañada,—
Y del hombre y del cielo respetada
Vence la gloria del excelso pino.

A tu alcázar de frondas, lisonjeros,
Traigan de Abril los vientos gemidores
Oropéndolas, mirlos y jilgueros;
Y de brumoso invierno en los rigores,
A tus frutos de púrpura postreros
Orquídea montaraz junte sus flores.

ESCAMELA.

(Lluvia otoñal.)

Esplende Ocaso en púrpura radiante,
Incendia el sol pradera y caserío,
Y en el césped cuajado de rocío
Es cada gota trémulo diamante.

Rauda, á través del cafetal sonante,
Huye el turbion con ímpetu bravío,
Y en el barranco, desbordado el río
Se despeña, rugiendo amenazante.

En los espinos, pródigos de aroma,
Querellosa la tórlola zurea,
Iris risueña en el Oriente asoma,
Céfiro blando la campiña oreo,
Y airon gentil de la cercana loma
El bambú sus penachos balancea.

OJO DE AGUA.

Circuñda de glaucos carrizales,
Bajo el dosel de lánguida saucedo,
Límpida y mansa tu corriente leda
Desata silenciosa sus raudales.

¡Qué muelles en tu márgen los gramales!
¡Qué vívida y fecunda tu arboleda!
¡Y qué sonora la joyante seda
Del suntuoso brial de tus maizales!

En tu retiro que al amor convida,
Qué dulces el ensueño y el reposo
Al borde de tu linfa adormecida,
Cuando en los picos de tu monte umbroso

Rasga la Tarde, de carmin vestida,
Las orlas de su peplo luminoso.

Rafael Delgado.

LA PIEDRA DE TOQUE.

Tienen en sus pesares
las almas buenas
una esperanza hermosa
que las consuela,
pues saben que es el mundo
valle de lágrimas,
y siempre á Dios acuden
en su desgracia.
El temple de las almas
de los mortales
se prueba con los duelos
y los pesares,
y sólo cuando sufren
penas amargas
demuestran si son buenas
ó si son malas.
Cuando el agua del cielo
cae sobre el campo
dan flores las semillas,
frutos el árbol;
cuando el agua del cielo
cae sobre el polvo,
en el terreno impuro
se forma el lodo.
Así los desengaños
y los dolores
prueban en este mundo
los corazones;
y así dicen las penas
y los quebrantos
si son puras las almas
ó son de barro.
Porque nunca han tenido
penas y duelos
parecen buenos. . . . tantos
que no son buenos

AL DESPEDIRLA.

Si allá donde te lleve tu destino
vives contenta, plácida y feliz;
si amas y te aman como tú mereces. . .
¡olvidate de mí!

Si el pesar ó la duda te atormentan
y tus flores marchitas ves morir;
si vuelves al pasado la memoria
¡acuérdate de mí!

Manuel del Palacio

EL GUSANO DE LA ENVIDIA.

Yo no sé cómo pasó;
mas es lo cierto que entró
un gusano en un jardín
y se comió en un festín
todas las flores que halló.
Lastimaba los sentidos
ver las calles alfombradas
de tallos y hojas mordidos;
de cálices carcomidos
y de corolas manchadas.
Aquella blanca azucena
que en el fango se moría
me dió pena; era tan buena
que no exhaló en su agonía
un solo grito de penan,
Tan buena era, que olvidaban
por ella, las que expiraban
su dolor, cuando murieron;
al ver cómo la mordieron,
todas las flores lloraban.
¡Pobres! si hubieran sabido
quién era el gusano aquel,
todo estaba comprendido:
la envidia se ha mantenido
siempre de sangre y de hiel.
No hay pureza ni color,
ni aroma, ni tallo verde
que detenga su furor:
¿es una flor? pues la muerde;
basta que sea una flor.

B. de E.